

UNA EXPERIENCIA DE APRENDIZAJE EN PSICOANÁLISIS¹

Grupo Psicoanalítico de Barcelona

Esta comunicación es, en realidad, parte de un trabajo extenso. Comenzó a gestarse en 1991, cuando terminamos nuestro primer contrato con Meltzer. Teníamos ante nosotros la perspectiva de publicar un libro que mostrara algunas de las enseñanzas que él nos había transmitido en el trabajo clínico. Tuvimos una reunión en la que Meltzer no se mostró demasiado interesado en este libro; sí, en cambio, en uno que diera cuenta de nuestra experiencia de trabajo como grupo en formación psicoanalítica. Nos habló de su idea acerca de la formación según el modelo de un *atelier* (*Sincerity* no se había publicado aún) y nos animó a describir y a caracterizar nuestra experiencia.

Aquello nos sorprendió. No quedamos demasiado convencidos. Teníamos miedo de que excediera nuestras posibilidades. Continuamos con todas las tareas que teníamos planteadas (el libro "de los casos", según nuestra denominación interna, se publicó). A pesar de nuestra perplejidad, asombro y dudas, la idea no se abandonó; se ha postergado y a veces olvidado, pero ha reaparecido con fuerza a lo largo de los años; y mantuvimos, desde 1991, una serie de reuniones destinadas a elaborar ideas en torno de nuestra experiencia como grupo de formación. No nos sentíamos en suficientes condiciones para observarnos a nosotros mismos -y hoy seguimos teniendo dudas semejantes. No sentimos que podamos responder a la pregunta sobre la particularidad del grupo; ésta queda planteada.

Quizás hacer un poco de historia nos ayude. Hace aproximadamente doce años un grupo de personas que querían estudiar se dirigieron a Donald Meltzer con el objeto de profundizar en el conocimiento de su obra. Aquel grupo tenía ya un cierto recorrido: hacía siete años había comenzado, con un docente calificado, a estudiar la obra de Bion, lo que había continuado durante los cinco últimos años con otro docente, también calificado. El tiempo de trabajo conjunto le había dado cierta homogeneidad a ese grupo (pese a los diversos grados de formación psicoanalítica de sus integrantes), que estaba compuesto por profesionales que trabajaban en el campo de la salud mental, tanto a nivel privado como institucional.

La respuesta de Meltzer fue ofrecer un plan de cinco años de formación psicoanalítica, centrado en el trabajo del material clínico, a razón de tres encuentros por año. Sólo se interesó por saber si los integrantes tenían análisis personal y si pertenecían a alguna institución.

Esta propuesta contenía algo enteramente nuevo. Volvamos a hablar en primera persona: no nos esperábamos una cosa así; quizás algunos pensásemos que estábamos lo suficientemente formados y que sólo necesitábamos profundizar. Por supuesto que nos sorprendimos; también nos entusiasmamos; también, nos confundimos. Decidimos por el entusiasmo. Pero nos encontramos con los primeros inconvenientes: buena parte de los compañeros, por presiones externas, decidieron no realizar la experiencia. De diez y seis personas habíamos quedado reducidos a diez. Decidimos invitar a otros colegas: algunos aceptaron entusiasmados; otros, movidos por cierta curiosidad; otros, por fin, declinaron la invitación. Pero completamos aquel número. La composición del grupo había cambiado; describámoslo someramente: cuatro catalanes, tres

¹Este trabajo fue presentado en el encuentro que organizó la Tavistock Clinic bajo el título de: *Exploring the Work of Donald Meltzer* en 1998, en Londres,

castellanos residentes en Barcelona desde hacía muchos años, nueve sudamericanos de los cuales cinco habían emigrado por razones políticas; todos habíamos pasado la edad media de la vida; todos, profesionales de cierta experiencia, con análisis personal y formación tangencial si se la considera desde los criterios institucionales; todos con una situación profesional con algunos altibajos propios de la economía del país, pero en general estable. ¿Habría sido la inmigración interna y externa, con su carga de marginalidad, lo que nos unió y permitió alcanzar algún grado de integración? ¿O la edad, la de una época de la vida en que los proyectos se consideran seriamente y el aprovechamiento del tiempo es crucial? ¿O el hecho de tener las necesidades cubiertas y por lo tanto no excesivas expectativas respecto de la derivación de pacientes dentro del grupo? ¿Permitió todo esto que se formara un contorno no demasiado rígido que hubiera de preservar al grupo de los deseos que estaban por fuera del aprendizaje? De hecho, habíamos ganado cierta heterogeneidad, y probablemente nuestra fantasía era que ésta se iría resolviendo a través del estudio en común.

Volvamos a la situación que nos produjo la respuesta de Meltzer. Nos pusimos a la tarea de organizar la confusión: reunimos muchos trabajos suyos en idioma castellano –quizá todo lo que por entonces se había publicado, generalmente ciclostilado-, lo que sumado a publicaciones en italiano, en inglés y en francés, y a los libros ya traducidos, era bastante material. Y nos dedicamos, en el tiempo que faltaba para el primer encuentro, a estudiar la obra publicada en libros.

El seminario anterior a Meltzer había seguido las pautas clásicas: exposición teórica, intercambio de opiniones, preguntas. Dadas algunas características especiales, el formular preguntas había adquirido importancia, ya que eran producto de discusiones previas y procurábamos, con ellas, centrar la atención en ciertos temas que nos parecían relevantes. Por descontado que también procurábamos hacérselas a Meltzer, y es probable que deseáramos que ellas mostrasen nuestro conocimiento de su obra. Para estudiar mejor hacía ya años que nos habíamos dividido en dos subgrupos, que se habían constituido en torno a algunos intereses dominantes (psicosis, por ejemplo).

Después de algunos meses de esta tarea llegó el momento del primer encuentro con el docente. Uno de los compañeros recientemente incorporados consiguió que nos reuniéramos en una estupenda casa modernista, en las afueras de Barcelona. Con nuestros conocimientos de la obra de Meltzer y las preguntas consiguientes, con el ambiente físico del lugar, no es difícil colegir que pensábamos impresionarlo. Meltzer nos había pedido que presentásemos material de cuatro casos, con muy poca historia previa y con el registro de dos sesiones de tratamiento; la traducción al inglés le sería entregada al comienzo de la lectura de cada caso porque, dijo, no quería que un conocimiento previo influyese sobre la percepción de la lectura en voz alta del material,

Descubrimos que la traducción no fue un obstáculo. El programa de cada jornada del Seminario era de doce horas de trabajo divididas en tres reuniones, dos mañanas y una tarde. Es probable que quienes presentaron material la primera vez tuviesen fantasías diferentes: cumplir con el pedido que él nos había formulado, traer algún caso que pudiésemos relacionar con aspectos de su obra leída por nosotros; eran, sí, pacientes que nos despertaban numerosos interrogantes. Y además estaban, por cierto, las famosas preguntas. Un compañero incorporó un elemento que no habíamos utilizado antes: trajo un grabador y registró íntegramente las reuniones; la posterior edición interna de

esos materiales se reveló como un elemento de fundamental importancia en la cohesión del grupo y en el estudio y aprendizaje.

Todos teníamos –y algunos muy larga– experiencia en supervisar a nuestros pacientes; el estilo general de las mismas no difería demasiado; variaba solamente la calidad de los supervisores. Pero allí nos encontramos con algo enteramente diferente: era una manera distinta de organizar el material; detalles aislados aparecían ahora concatenados; siguiendo un concepto que proviene de la medicina, podríamos decir que el “caso” quedaba atrás y se veía surgir al paciente, a la persona; veíamos no sólo la psicopatología o qué podían estar diciéndonos, sino también las posibilidades de evolución de los analizantes. Era una perspectiva más amplia, que contenía un cambio de actitud frente al paciente: implicaba ver al niño o al adolescente que hay en el adulto; también, ver a los niños jugando de otro modo. No faltaron los señalamientos nuevos: tal paciente aún no había entrado en la situación analítica; aparecieron claramente definidas las dificultades para simbolizar que tenían algunos; vimos con mayor perspectiva las características de la relación transferencia / contratransferencia; aprendimos qué era la transferencia preformada. Nos acercamos al concepto de estructura de la mente y a la geografía de la fantasía. Eran, en general, conceptos que estaban destinados a “hacernos pensar” a nuestros pacientes, a sentirlos dentro de nosotros mismos y también a soñarlos. Era una apertura de nuestro campo de trabajo, algo orientado a la búsqueda insobornable de la verdad de la mente, distinto y opuesto a todo aquello que podría entrar en la columna 2 de la Tabla de Bion. Fue, creemos que fundadamente, asomarnos al mundo de la belleza del método psicoanalítico. Y nos quedó largamente resonando un concepto: “vivir en identificación proyectiva”.

Fue, para todos o casi todos, un impacto. Retrospectivamente, y con los conceptos de que hoy disponemos, podemos decir que fue un verdadero impacto estético. Quedamos oscilando entre la admiración, el entusiasmo, la sorpresa y la confusión. Y sentimos la necesidad de vernos prontamente todos, de hablar entre nosotros, de volver a compartir aquellos momentos, de comenzar a pensarlos. Así, alteramos la programación de nuestras reuniones en subgrupos y convocamos a una reunión general del grupo para aquella misma semana; desde entonces, cada encuentro con Meltzer es seguido por una reunión con las mismas características. Decidimos tratar de de aprehender qué significaba vivir en identificación proyectiva.

Sabemos que, *grosso modo*, hay dos formas esenciales de aprendizaje: la proyectiva y la introyectiva. La primera, como su nombre lo indica, se basa en la apropiación de los conocimientos que tiene el docente a través de diferentes técnicas intrusivas que a veces comportan imitación, sometimiento a la doctrina impartida, renuncia al ejercicio de la crítica y de la elaboración, etc.: conduce solamente a saber algo “acerca de”, como dice Bion. La segunda, implica la aceptación del pecho nutricional y de la dependencia, con todo lo que esto significa: el largo camino de la asimilación de lo nuevo y la aceptación de que nosotros mismos podemos cambiar en el proceso. Reflexionando sobre los distintos momentos de nuestra experiencia pensamos que muchas veces hemos estado en la primera de ambas situaciones; y nos gustaría creer que también hemos recorrido un trecho por el camino de la identificación introyectiva con el objeto combinado. Pero para poder transmitirlo mejor volver a la historia.

Continuamos la primera época manteniendo las reuniones de ambos subgrupos por separado con frecuencia semanal y encontrándonos periódicamente todos los integrantes del grupo “grande”, que así comenzamos a llamarlo. Seguíamos con el estudio teórico: leyendo y discutiendo trabajos que

podieran orientarnos para llegar a saber qué era aquello de vivir en identificación proyectiva. En el camino nos encontramos con la edición interna de los primeros Seminarios, que comenzamos releer ávidamente –y también, por supuesto, el trabajo sobre masturbación anal. Se nos hizo necesario realizar alguna jornada interna sobre los temas, con la presentación de trabajos propios que nos sirvieran de guía de discusión. ¿Era que no habíamos entendido bien? ¿Repetíamos sin tener claro qué decíamos? ¿Qué relación tenía aquello con la transferencia preformada? Y muchas más preguntas por el estilo.

No faltaron conflictos. Dos compañeros –en verdad, no suficientemente interesados en el pensamiento kleiniano– desataron una crisis en uno de los subgrupos, que terminó con su alejamiento; pero su efecto fue la disolución de ese subgrupo. Creemos que las reuniones en casas de familia –que nos parece ser una aportación específicamente sudamericana- facilitó la resolución de las crisis, ya que posibilitó una atmósfera más cercana, de intimidad en el trabajo y en el intercambio de ideas. Y que la existencia de dos subgrupos permitió que las crisis no fueran generalizadas, suavizándolas: el subgrupo que continuó en su funcionamiento aparecía casi como un modelo, quizá como algo que nos permitía tener la idea de que el trabajo no se interrumpía. Y probablemente esto fuera verdad: la tarea no se abandonó en ningún momento; seguimos estudiando, reuniéndonos, presentando, en cada reunión con el docente, los cuatro casos que habíamos convenido al formalizar el contrato. Y, claro está, seguíamos queriendo organizar la confusión, la turbulencia que cada encuentro con Meltzer nos generaba, continuando con el estudio teórico.

Al tener un mayor número de seminarios editados, decidimos hacer un registro y clasificación detallado de los mismos, separando los temas tratados en cada reunión, agrupando los que se repetían en algunas, tratando de llegar a conclusiones. Mirándolo retrospectivamente, pensamos que esa obsesividad correspondió a un momento del grupo, a lo que podríamos llamar una época de latencia. Para ello constituimos cuatro subgrupos especiales, en los que se entremezclaban compañeros que estaban en el subgrupo que seguía funcionando con los que continuaban individualmente su trabajo. Pero en aquel momento ya pudimos permitirnos un elemento de tipo lúdico, que se reflejó en los nombres que adoptaron los diversos subgrupos. Es probable que esta nueva agrupación de los integrantes haya sido uno de los elementos que vehiculizaron el desarrollo del sentimiento de pertenencia grupal, que no existía *a priori*, ni tampoco en las primeras épocas de nuestro andar. Al comienzo no sentíamos la necesidad de un grupo de pertenencia; ello es algo que se fue creando y desarrollando en el contacto con el maestro. A veces ha aparecido la idea de institucionalizarnos, o de dotarnos de una estructura estable y pormenorizada; lo discutimos intensamente y llegamos a la conclusión de que no agregaría nada positivo a nuestra tarea esencial. Podemos decir que hemos aprendido los beneficios de trabajar con una organización mínima.

Aparecieron problemas internos en ocasión de nuestros contactos con el extragrupo: jornadas internas con la asistencia de invitados o la última fase de preparación de *Clínica psicoanalítica con niños y adultos*² No podemos ofrecernos alguna interpretación más o menos acabada al respecto. El respeto hacia las diferencias individuales ha sido una de las tareas más arduas, así como la de proteger la libertad y los intereses personales conservando cierta unión que nos permita crecer como grupo. Los celos, la envidia, la competitividad, el sentimiento de falta de reconocimiento, etc., se mueven por lo que llamamos

² El libro "de los casos"

“pasillos”: es algo de lo que ocasionalmente hablamos en las reuniones generales, pero que sale en esta especie de cotilleo de a dos o de a tres, que hasta ahora no se ha convertido en algo verdaderamente amenazante; más bien parece saneador: son nuestros cuentos de terror, de persecución, de brujas, ogros y niños malos. El efecto es que en nuestras reuniones prevalece la cordialidad y aunque hay momentos de crisis, aparece la palabra justa que atempera y suaviza la atmósfera.

Hemos pasado por fases que van desde el cumplimiento –incluso exagerado– de las tareas, el esfuerzo continuo por entender intelectualmente conceptos, las dudas obsesivas con respecto a la publicación en sentido amplio, al intenso aprendizaje que supone estar de acuerdo en algo grupalmente, al deseo de conformar nuestra vida –y no sólo la profesional– de manera responsable y a la posibilidad de perdonarnos y perdonar los errores. Quizás ahora está comenzando un momento de producción individual y ello levanta olas y agita los vientos.

Creemos que nuestro desarrollo nos ha permitido trabajar también, en forma ocasional o sistemática, con otros analistas, tanto de Inglaterra como de Sudamérica, a quienes hemos buscado por sus características u orientación. Nuestra actividad grupal actual se centra en torno de: a) reuniones clínicas mensuales, en las que se puede ver cómo ha quedado atrás el miedo de mostrar nuestro trabajo a los compañeros, que persistió un tiempo después de superado el temor de hacerlo ante Meltzer; y b) reuniones, también mensuales, en las que discutimos trabajos producidos por los miembros del grupo, destinados a la circulación interna o bien a ser leídos en otras reuniones científicas. Tenemos también reuniones “administrativas”, en las que resolvemos cuestiones tales como conferencias, distribución de tareas, etc. Creemos que ha habido liderazgos rotatorios, nunca de larga duración. Hay pequeños y grandes roles desempeñados por compañeros que tienen cualidades para ello –los que toman nota de las resoluciones o nos recuerdan los temas a discutir, por ejemplo–, que han sido adoptados espontáneamente, no por necesaria designación; hay algunos trabajos nada agradables –la tesorería es uno de ellos– que son desempeñados en forma rotatoria. Tenemos la impresión de que las cosas han ido rodando: siempre ha aparecido alguien con una idea que parecía ser benéfica o facilitadora, de la que se ha hecho cargo el grupo. Tenemos una cierta agilidad para distribuirnos las tareas y somos lentos para llegar a acuerdos en temas en que las diferencias de opinión son muy fuertes. Creemos que ha habido un progresivo aumento de la confianza en el trabajo grupal. Nos gustaría poder decir, en términos de Bion, que habría una prevalencia del socialismo frente al narcisismo.

Cuando nos interrogamos acerca de las condiciones que han posibilitado una experiencia de este tipo debemos pensar necesariamente no sólo en el grupo, sino también en el maestro. En nuestra búsqueda de explicaciones siempre hemos terminado dando vueltas alrededor de él, como figura nucleadora, contenedora y reguladora. Todos pensamos que difícilmente se hubiera dado esta experiencia con otros. Cuando miramos al grupo siempre tenemos presente la pregunta referente a su duración: tememos la desaparición; pero existe la confianza de que si algunos aflojan otros trabajarán para mantenerlo con vida; la responsabilidad por la vida del grupo es un sordo rumor que no nos abandona.

Dejamos de lado en este momento cuáles pudieran haber sido las fantasías de Meltzer previas a su encuentro con nosotros. (Las nuestras eran solamente estudiar y terminamos –queremos creerlo así– formando un grupo y aprendiendo

de nuestra experiencia. De nuestra experiencia con el maestro.) Mencionemos sólo de pasada su extraordinaria penetración clínica, su rigor psicoanalítico y otras cualidades que se le reconocen, para destacar elementos que, nos parece, son fundamentales en el proceso de aprendizaje, en la relación entre docente y alumnos. Ya en nuestro primer encuentro nos impresionaron su sensibilidad hacia el paciente que surgía del material y su delicadeza en el trato para con los analizantes y con nosotros; también, su amor hacia el método psicoanalítico, cuya belleza ha intentado transmitirnos; su insistencia en la posibilidad de descubrir antes que ubicarnos en el explicar; su libertad para aburrirse o para interesarse; su lucha por el desarrollo y crecimiento del paciente –y también de nosotros como grupo-. Creemos que desde un primer momento fuimos objeto de interés por parte de Meltzer, y que este interés fue aumentando –nos parece que hasta ha aprendido algo de castellano- hasta convertirnos en objeto de cuidados por parte de él. Esto nos lleva a hablar de una cualidad maternal en él. Y también es cierto que ha desempeñado una función paterna cuando, por ejemplo, nos ha advertido acerca de los azares de exponer nuestra intimidad. Es verdad que nosotros, además de estudiar y procurar cumplir con la tarea, correspondíamos ocupándonos con ilusión de su estancia en Barcelona, compartiendo con él no sólo el tiempo del Seminario, sino también otros momentos en torno a espectáculos, comida, etc. Cuando en 1991 hicimos un nuevo contrato con Meltzer, nuestros encuentros se redujeron, como grupo, a dos por año: uno en Barcelona y otro en Oxford. Cuando fuimos allí, cuidó de nuestros alojamientos y nos abrió su casa. Al comienzo de esta comunicación hemos señalado que recibimos un verdadero impacto estético. Creemos, también, que ha habido reciprocidad estética en nuestra relación con él. Nos hemos sentido, colectiva e individualmente, estimulados por el maestro en nuestro aprendizaje y en el progreso que pudiéramos ir haciendo, en la confianza que íbamos ganando entre nosotros mismos, en el trabajo sobre temas que eran para nosotros arduos.

Paralelamente, se ha ido creando una mayor vinculación afectiva dentro del grupo: compartimos las alegrías –cumpleaños especiales de algunos, doctorandos, bodas...- y los sufrimientos –enfermedades, a veces serias. Y compartimos ideas. Por ejemplo, queremos evitar una organización jerárquica e interferencias externas o motivaciones extrañas a lo que nos reúne. Todo el proceso ha generado un clima de intimidad y de confianza, una solidaridad que no es la de los amigos íntimos, sino la que se puede crear entre personas que comparten una tarea que les compromete profundamente. Catharine MackSmith no ha sido ajena a todo este proceso, ha participado desde el comienzo y conduce un trabajo con algunas integrantes del grupo; mas aparte de ello tiene un lugar muy especial: de mirarla con timidez y extrañeza hemos llegado a convertirla en nuestra fantasía en una aliada ferviente, en una mensajera especial, en la garantía del buen humor del maestro.

Nos parece que en este proceso hemos aprendido cosas que van más allá de lo instrumental. No haremos una enumeración extensiva, pero en primer lugar señalaríamos un mayor compromiso con el método psicoanalítico, para lo cual hubimos de pasar por darnos cuenta de que antes hacíamos más tratamientos de refuerzo yoico de lo que creíamos; ello implicó que para aprender estas cosas nuevas tuvimos que des-aprender las antiguas. También, que el método psicoanalítico consiste en acompañar al paciente en un proceso de desarrollo antes que considerarnos guías privilegiados que saben todo de antemano. Esto comporta un mayor respeto hacia nuestros pacientes, que nos parece tener relación con el que Meltzer ha tenido para con nuestro trabajo y

personas. Creemos que somos más libres para pensar y para hablar con nuestros analizantes, lo que hace que nuestros diálogos con ellos sean más vivos y no asociaciones a las que se responde *ex-cathedra*. Esto nos permite que nos dejemos sorprender por nuestros pacientes, con quienes queremos compartir el proceso de descubrimiento. Nos parece que hemos aprendido a tolerar, "bastante razonablemente", todo tipo de sentimiento en nosotros, lo que nos ha permitido explorar más nuestra contratransferencia. Desde un punto de vista teórico, nos ubicamos en un kleinismo más "abierto", más centrado en lo evolutivo y en la relación del *self* con los objetos internos. Y, *last but no the least*, hemos aprendido a disfrutar más con nuestro trabajo: es indudable que nos cansamos mucho menos.

Hemos tratado de reflexionar sobre nuestra experiencia centrándonos en el conflicto estético, que es uno de los elementos que nuestro contacto con Meltzer nos ha provisto. Y también nos encontramos con que en todo momento estamos manejando conceptos de Bion, lo que no debe extrañarnos. Porque cada encuentro con el maestro ha sido turbulento. Algunas veces hemos visto en reuniones clínicas internas los materiales que después le presentaremos y hemos adelantado conjeturas sobre lo que el paciente nos sugería; y siempre hemos terminado la reunión bromeando al apuntar que todo lo dicho podía ser válido, pero que Meltzer nos daría otra visión, diferente, nueva que abriría nuevos caminos en la comprensión del analizante. Y así ha sido, invariablemente, tanto en la primera vez que supervisábamos un paciente, como en las posteriores. Nos hemos encontrado siempre inmersos en la ansiedad ante lo nuevo –un concepto muy caro a Pichon-Rivière-, en esa confusión que es cualitativamente diferente de la que se atribuye a un fracaso de la disociación. Y hemos oscilado, lógicamente, entre PS y D, teniendo períodos de dispersión y de integración; en ello, creemos que el grupo ha operado como continente de las ansiedades individuales y grupales.

La edición interna de las reuniones del seminario ha constituido un elemento de fundamental importancia en la necesaria reconexión con el maestro; se trataba de recuerdos que iban tornándose memoria y que han llegado a ser, creemos, un elemento inicial en el desarrollo de la función alfa. Porque al comienzo, aparentemente, nuestro problema era el tiempo que transcurría –nos parecía enorme- entre los encuentros; es probable que la ausencia del objeto haya sido –como lo señalan Freud y Bion- un elemento primordial en el inicio y desarrollo del proceso de pensar.

Suponemos que hay elementos de dependencia pasiva y activa en el proceso de aprendizaje, lo que nos lleva a identificar distintos momentos según predomine una u otra. Pero para que se dé un aprendizaje que implique lo que entendemos como necesaria modificación en quien o quienes lo realizan, hay que pasar de los procesos proyectivos a los introyectivos. Aprendemos –recibimos- del objeto combinado interno –y del externo. Con éste también establecemos una relación de amor, tal como la que Freud señalaba para la relación analítica cuando se refería al "calor hirviendo [*Siedehitze*] de la transferencia"; lo dice claramente Racker: "El proceso analítico de transformación depende, pues, en buen grado, de la cantidad y cualidad de *eros* que el analista puede movilizar por su analizado". Todo esto nos lleva, necesariamente, al conflicto estético.

En nuestro caso preferimos hablar de un sostenido encuentro estético. Nos parece que la expresión **conflicto** pone un mayor énfasis en el primer momento, el del deslumbramiento y lo que éste provoca como impacto. Quizás una expresión adecuada sea: proceso estético, que nos permite dar cuenta de los retrocesos proyectivos y de los avances introyectivos, de los factores que han

sostenido –como es el caso de nuestra edición interna de los seminarios- la curiosidad estética, que da lugar a la relación continuada con el objeto estético. Y en este proceso tiene un lugar destacado la reciprocidad estética, equivalente al *eros* del analista según la cita de Racker. Nos parece que no hay avance si no se dan estas condiciones. Para nosotros, la idea de evolución del grupo está ligada a este específico proceso de aprendizaje. Entendemos que se trata de un proceso y no de un resultado.

Bion nos habla de la diferencia existente entre la intimidad del análisis y la publicación, lo que él denomina la *public-action*. Hoy mostramos aquí parte de nuestra intimidad. No nos ha sido fácil. No sabemos qué resultará de ello. Esperamos que nuestra relación con el objeto combinado pueda ayudarnos.

Bibliografía

BION, W.R. (1967): *Second Thoughts*, London, Karnac Ltd.

-- (1984): *Transformations*, London, Karnac Ltd.

-- (1962): *Learning from Experience*, London, Karnac Ltd.

MELTZER, D.& HARRIS WILLIAMS, M. (1988): *The Apprehension of beauty*, Clunie Press.

MELTZER, D. (1992): *The Clastrum*, Clunie Press.

PICHON-RIVIERE, E. (1974): *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*, Buenos Aires, Nueva Visión.

RACKER, H. (1985): *Transference and Counter-Transference*, London, Karnac Ltd.

Este trabajo colectivo fue presentado en el encuentro que organizó la Tavistock Clinic bajo el título de: *Exploring the Work of Donald Meltzer* en 1998, en Londres, y fue incluido en el *Festschrift*, el libro que reunió algunas de las comunicaciones que allí se leyeron. A ese encuentro siguieron otros dos, en Florencia y en Barcelona, en los cuales integrantes del Grupo Psicoanalítico de Barcelona presentaron trabajos. El último, en Barcelona, en octubre de 2002, fue organizado por nosotros –coincidió también con el octogésimo cumpleaños de Meltzer- y constituyó una experiencia enormemente interesante y también un desafío para nuestro Grupo, que pudo finalmente con una tarea que a primera vista parecía superarnos.

Pero también hemos tenido que lamentar la muerte del maestro. Y vivir una vez más la realidad de que hay duelos que no se pueden completar. Hemos pensado que lo que nos enseñó, la experiencia de aprendizaje en un trabajo tipo taller, es algo que nos sigue integrando como grupo y hemos querido

mantenerla. Así nuestra vida como grupo continúa, y si bien nos falta el enorme estímulo presente de Donald, sentimos que sigue acompañándonos. Este pequeño volumen quiere ser una muestra de trabajos inspirados por él.